DOS SERMONES

DE

D. FERNANDO DE CASTRO,

publicados en cumplimiento de su voluntad

POR LOS FIDEICOMISARIOS.

MADRID:
IMP. DE J. M. PEREZ, CORREDERA BAJA DE SAN PABLO, 27.
1874.

OBRAS DEL SR. D. FERNANDO DE CASTRO.

Resúmen de Historia general y particular de España, para uso de los Institutos y Seminarios. Undécima edicion, aumentada. Precio, 18 reales en Madrid y 20 en provincias.

Compendio razonado de Historia general, para uso de las Universidades. Se han publicado los tres primeros tomos, y está imprimiéndose el cuarto. Precio, 18 rs. tomo en Madrid y 20 en provincias.

Discurso acerca de los caractéres históricos de la Iglesia Española, leido ante la Real Academia de la Historia en la recepcion pública del autor. Precio, 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

Memoria testamentaria del Sr. D. Fernando de Castro, publicada por D. Manuel Sales y Ferré, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras. Precio, 6 rs. en Madrid y 7 en provincias.

El Quijote para todos, abreviado y anotado por un entusiasta de su autor, Miguel de Cervantes Saavedra. Libro de lectura para las escuelas normales de maestros. Precio, en rústica, 10 rs. en Madrid y 12 en provincias; en holandesa, 12 y 14 respectivamente.

El Quijote de los niños, abreviado por un entusiasta de su autor, Miguel de Cervantes Saavedra. Libro de lectura para las escuelas. Quinta edicion, con grabados. Precio, en holandesa, 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.

Historia natural del hombre, por Quatrefages, comentada y completada por D. Manuel Sales y Ferré. Precio del primer cuaderno, 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

Los pedidos se dirigirán á *Victoriano Suarez, calle de Jacometrezo, 72, librería, Madrid.*

T. 1138495 C. 71350471

DOS SERMONES

DE

D. FERNANDO DE CASTRO.

SERMON

PREDICADO ANTE LA CÓRTE EN LA FIESTA DEL TERREMOTO,

EL 1.° DE NOVIEMBRE DEL AÑO 1861,

Y

ORACION FÚNEBRE

PRONUNCIADA EN LA INVICTA BILBAO AL INAUGURAR EL

MONUMENTO FÚNEBRE DE MALLONA, EL 24 DE MAYO DE 1870,

POR

D. FERNANDO DE CASTRO,

publicados en cumplimiento de su voluntad

POR LOS FIDEICOMISARIOS.

MADRID:

IMP. DE J. M. PEREZ, CORREDERA BAJA DE SAN PABLO, 27.

1874.

«Como prueba de la lealtad é independencia con que ejercí este honroso cargo, ruego á mis testamentarios que publiquen el Sermon predicado ante la Córte (con asistencia del Nuncio y varios Prelados) en la fiesta del Terremoto, el dia 1.° de Noviembre de 1861. Y como último acto que yo practiqué como sacerdote, tambien les ruego que publiquen, si llegan á adquirirlo, el predicado en la invicta Bilbao al inaugurar el monumento fúnebre de Mallona.»

Memoria testamentaria del Sr. D. Fernando de Castro, pág. 22.

SERMON

que ante la Córte, en la fiesta del Terremoto, el 1.° de Noviembre del año 1861,

PREDICÓ EL

SR. D. FERNANDO DE CASTRO.

Vigilate quia nescitis diem neque horam.—San Mateo, XXV, 13.

Soberano Señor Sacramentado.

SEÑORA:

Al crear Dios al primer hombre, dijo: «Hagamos al hombre á imágen y semejanza nuestra y que domine sobre toda la tierra.» El siglo presente puede envanecerse de haber casi realizado completamente este designio del Supremo Hacedor. El sábio desde su gabinete como si estuviese sobre

la masa candente del sol, así regula el movimiento de los astros por el conocimiento de sus leyes. El hombre ha estudiado el fuego para apoderarse del rayo; con una gota de agua reducida á vapor dá movimiento á la materia y á todas sus obras; por medio de la electricidad pone en relacion al espíritu y todas sus ideas; y con una exactitud verdaderamente matemática prevee y calcula la aparicion de fenómenos, que se realizan de la misma manera que los ha previsto y calculado.

Pero, Señora, la ciencia humana tiene un límite que no traspasará jamás; hay fenómenos que no conoce, que la sorprenden por lo imprevistos. Era el 1.° de Noviembre de 1755, dia de sol claro y despejado, un dia meridional y propio de la trasparencia de nuestro cielo: cuando de repente, como á cosa de las diez de la mañana, se sintió en toda la Península ibérica, pero principalmente en Lisboa, un ruido subterráneo. La tierra tiembla; los edificios bambolean, crujen y caen estrepitosamente; el mar embravecido, formando altísimas montañas de olas, invade la tierra hasta dos leguas, y al recojerse, arrastra

consigo y sumerje en el seno de las aguas cuanto encuentra. En lo que habia dejado el mar en seco aparecen centenares de volcanes vomitando fuego, y un huracan impetuosísimo le comunica á las naves, de estas pasa á los edificios, y el terremoto, el mar, el aire y el fuego destruyen casi por completo la hermosa ciudad de Lisboa, sepultando tambien entre sus ruinas la mayor parte de sus habitantes. Tal fué, Señora, el terremoto de 1755. El augusto predecesor de V. M., Fernando VI, en agradecimiento á la Divina Providencia por haber librado á la España de sus estragos, instituyó esta solemnidad, en la que inmerecidamente me cabe la honra de dirigir á V. M. la Divina Palabra.

Señora: la doctrina de Jesucristo es una, y será siempre la misma, pero sus aplicaciones son varias segun las necesidades de los tiempos. Y la Palabra Divina para que sea viva, y penetre, y mueva el corazon, es necesario que sea práctica. Al repasar en mi memoria los sucesos contemporáneos de Europa, y sobre todo los de nuestra pátria, observo que se realiza un hecho en el órden social muy parecido

á lo que son los terremotos en el órden natural; un hecho que desgraciadamente se reproduce con frecuencia, y que es como una amenaza pendiente de contínuo sobre la sociedad. Son las revoluciones, Señora. Las causas de los terremotos y de las revoluciones son enteramente distintas, aunque en los efectos se parezcan; pero en lo que convienen es, en que los unos y las otras son avisos que la justicia divina envia á los Reyes y á los pueblos para que vivan precavidos y se corrijan en su vida y costumbres. A fin de estar prevenidos para los unos, y de evitar las otras, no conozco un medio más eficáz que la vigilancia cristiana, esto es, el cumplimiento de todos los deberes cristianos, pero particularmente de aquellos (sobre los cuales llamo de un modo especial la atencion de V. M., porque serán el asunto de mi discurso) que hacen referencia al órden social, por ser hoy el más sériamente amenazado.

Ayudadme, pues, á implorar, para desenvolver este pensamiento, los auxilios de la Divina misericordia, mediante la intercesion de todos los Santos, y en particular de María Santísima, á quien todos.....

Soberano Señor Sacramentado.

Señora:

La Iglesia católica enseña que todo en el mundo está dispuesto y ordenado por Dios; que toda potestad viene de Dios; y que todos los hombres deben respetar y obedecer las autoridades constituidas, no por temor como el esclavo, sino por amor como el hombre libre; y que cada uno debe permanecer resignado en aquella condicion y clase en que Dios le hubiere hecho nacer. Esta doctrina se ha casi olvidado, y por su olvido el hombre sufre, y en la sociedad hay un malestar general. No es esto solo, Señora: el linaje de la gente plebeya que hasta hace poco tiempo nacia sólo para aumentar el número de los que viven, hoy nace para aumentar el número de los que piensan. Pero cuando del desórden social que ve y le irrita, deduce que todo en el mundo es obra del acaso, que los nombres de justicia, de vir-

tud y de mérito no corresponden á nada de lo que se realiza en la historia presente, y que los Gobiernos obran movidos solo por el interés y el favor, piensan mal y se sublevan. La sublevacion es sofocada, pero el malestar general continúa, y bajo la misma ó diferente forma, las revoluciones se reproducen.

Señora: no conozco una predicacion más útil hoy dia, que la de hacer comprender á todas las clases de la sociedad el cumplimiento de sus deberes morales y sociales con arreglo á la doctrina de Jesucristo. Predicacion fructuosísima será por tanto aquella que, no declamando, sino razonando; no con exaltacion ni espíritu de partido, sino con calma, con amor, con sinceridad, tenga por objeto ilustrar sobre este asunto á las clases inferiores, dándoles á conocer que la mejora social á que deben aspirar, no es salirse de la condicion humilde en que Dios les ha hecho nacer; ni tampoco apoderarse violentamente del gobierno de la sociedad; ni ménos emanciparse del trabajo, buscando por este medio gozar ancha y libremente de las comodidades y placeres de la vida moderna,

sino que deben dirigir sus aspiraciones á educarse intelectual y moralmente, segun la doctrina cristiana. Sin negar la importancia de los estudios científicos para resolver los problemas y cuestiones sobre la miseria pública, puede decirse que la compensacion más completa, más pronta y duradera para todas las desigualdades sociales, se encuentra sólo en los consuelos, en las esperanzas y en las recompensas que ofrece la religion cristiana. Esa religion divina fundada por Jesucristo; predicada y extendida por hombres del pueblo; instituida primero para los pobres, despues para los ricos que ejercen misericordia con los pobres; que llama bienaventurados, (Señora, en el Evangelio de este dia lo ha oido V. M.) no á los ricos, sino á los pobres; no á los que rien, sino á los que lloran; no á los que persiguen, sino á los perseguidos; que santifica y ennoblece el trabajo, no considerándolo sólo como una pena, sino como uno de los mayores beneficios que Dios ha dispensado al hombre para que viva. La lucha diaria que el hombre sostiene para oponerse á las resistencias exteriores de los demás hombres y

de la naturaleza, el esfuerzo que hace en su interior para dominar las pasiones y desterrar la ignorancia de su espíritu, de tal manera lo engrandecen, que nada hay que se le pueda comparar sobre la tierra. Tan cierto es esto, Señora, que si la sociedad humana se hubiese constituido de manera que sin trabajar el hombre pudiese satisfacer todas sus necesidades, esa sociedad seria una raza de hombres despreciables. El trabajo no solamente es un elemento de prosperidad material, sino un medio de engrandecimiento moral.

Vosotros, los que sois pobres, no envidieis á los ricos hartos de todo, ociosos y hastiados de vivir, porque no son ellos los bienaventurados de la tierra. Con todo su oro no comprarán un momento de felicidad. Con todos sus placeres juntos no esperimentarán la satisfaccion viva que vosotros sentis al contemplar la perfeccion de una obra que ha salido de vuestras manos, el goce purísimo de haber hecho una accion caritativa ó de haberse enriquecido vuestro espíritu con una idea nueva. Tened presente que hace diez y ocho siglos dijo San Pablo: toda criatura gime; y nosotros po-

demos repetir hoy tambien, que toda criatura alta ó baja gime.

Siento profundamente afligir el corazon de V. M., pero debo apelar á vuestro testimonio para desengaño de los ilusos. ¿No es verdad, Señora, que bajo la dorada techumbre de los palacios, los cuidados, los disgustos, el dolor, la muerte, amargan la existencia y hacen triste la dulce alegria de la vida? ¿No es cierto que habeis envidiado muchas veces la calma y la tranquilidad con que en su pobre albergue el labriego y el artesano comen su pan de cada dia y duermen el sueño de la noche? ¿No es verdad, tambien, que habeis reputado esa medianía honesta como el supremo ideal de la felicidad sobre la tierra? Pues á esa honrada medianía, y aun á más alto puesto, podeis llegar vosotros hoy en la relacion viva é inmediata en que viven todas las clases de la sociedad; mas entendedlo bien, mediante la educacion, la honradez y el trabajo.

Señora: una de las aspiraciones más legítimas de las clases inferiores, es aquella que tiene por objeto pedir el que sean educadas y estimuladas á la virtud por las

superiores. Es una inclinacion como natural en las clases de condicion humilde imitar todo lo que ven en las altas clases, unas veces por vanidad, otras por complacencia. De manera que, si las clases superiores se propusiesen en todas sus acciones por único objeto la virtud, eso solo sería bastante para poner en órden todas las cosas y remediar muchísimos abusos. Pero desgraciadamente no siempre sucede así. No es mi ánimo ofender á ninguna clase ni persona; no es propio de mi ministerio, ni de mi carácter tampoco. Pero no por eso debo dejar de decir, que esa tendencia al lujo y ese afan por los goces materiales de la vida, que se nota con sobresalto en las clases inferiores, y que aumenta cada dia, tiene su orígen en el lujo y goces sensuales de las personas acomodadas, de una manera tal, como no se ha conocido en la historia desde los tiempos del Imperio romano; y cuya consecuencia inmediata es producir ese egoismo característico de nuestro siglo, que consiste, no en dejar de socorrer á los pobres, sino en hacerlo por mano ajena; no en no compadecerse de sus miserias, sino en no ocuparse de ellas per-

sonalmente; porque la molicie, la afeminacion y el refinamiento de las costumbres han hecho tan delicadas á esas clases que, salvas honrosísimas excepciones, no tienen valor, Señora, para subir á una guardilla y llorar con el que llora, y afligirse con el afligido; ni corazon para contemplar á pié quedo la pobreza, la desnudez, el hambre, las enfermedades, la muerte, y lo que es aún peor que la muerte, la abyeccion y envilecimiento en que se encuentran sumidos esos séres humanos, de los cuales parece haberse borrado hasta la imágen de Dios de que fueron formados, y en quienes no han nacido todavia las ideas de conciencia, de virtud y de libertad. No hay, Señora, en las clases acomodadas, ni bastante elevacion de pensamiento, ni suficiente grandeza de ánimo, para acercarse á las clases inferiores y decirles: «Yo vengo á vosotras porque creo en Jesucristo y su doctrina; vengo no sólo á daros el alimento del cuerpo, como han hecho aun los gentiles, sino tambien el del alma, pasto propio de la caridad cristiana; porque sé que redimir un alma de la miseria y del vicio es más meritorio que resucitar los muertos, que

medir el cielo y la tierra, que descubrir la aplicacion del vapor y la electricidad. Oid; lo que hoy nos separa, no es tanto el nacimiento, las riquezas y los honores, cuanto la educacion, el mérito y la virtud. Mirad; ¿veis ese monumento grandioso, rico, soberbio, levantado por el siglo XIX para la exposicion de los productos de la industria humana? Pues vosotros que sois los obreros que habeis trabajado en levantarlo, en calidad de hombres y de cristianos, valeis más que él y que todo lo contenido en él.» Hablando de esta manera, se estimularia al trabajo y á la virtud á las clases inferiores por las acomodadas. En vez de hacer eso, se vive en la inaccion y en los placeres; y cuando llega el dia del peligro, se pide á la política que comprima, y á la religion que amenace. ¿Sabeis, podria yo deciros, cuáles son las causas de los terremotos y de las desigualdades en la superficie de la tierra? Pues oid. El aire y los gases condensados en el seno de la tierra, cuando se embravecen buscan salida; y no encontrándola, rompen por la parte más débil; y al romper, la tierra se levanta formando nuevas alturas y montañas sobre

las antiguas ó al lado de ellas. Pues así pasa con las revoluciones. Hay una atmósfera moral que rodea la tierra, así como la atmósfera material. Esa atmósfera moral se forma del flujo y reflujo de ideas, opiniones, sentimientos, virtudes, pasiones, vicios, miserias é injusticias. Cuando esa atmósfera está viciada y sus miasmas se condensan, buscan tambien salida; y no encontrándola ni en la reforma de las costumbres, ni de las instituciones sociales, rompen por la parte más débil que es el pueblo, y al romper, las multitudes se levantan y forman nuevas alturas, nuevas desigualdades de clases en la sociedad, ó sobre las antiguas ó al lado de ellas. «Velad, porque no sabeis el dia ni la hora.»

Señora: no hay influencia moral más poderosa sobre las clases todas de la sociedad, que la que ejerce el sacerdote. A su puerta llaman el rico y el pobre; aquel á dar su limosna, este á recibirla. Ningun hombre puede hacer más bien ó mayor mal en la sociedad, segun que cumpla con los deberes de su ministerio ó los abandone. Él tiene en su mano las tres más poderosas palancas capaces de remover el mundo,

cualquiera que sea el grado de corrupcion, de incredulidad ó letargo en que yazga, á saber: la fé, la esperanza y la caridad.

V. M., Señora, es Reina de una Nacion católica; importa, pues, á V. M. conocer los deberes del sacerdócio. Jesucristo los determinó diciendo: que su ministerio era «predicar el Evangelio á los pobres, sanar á los contritos de corazon, y anunciar la libertad á los cautivos.» Las dos virtudes en cuyas alas habian de ir á predicar el Evangelio por todo el mundo, debian ser la prudencia y la sencillez. «Sed prudentes como las serpientes; y sencillos como las palomas.»

La prudencia nos aconseja, hermanos mios en el ministerio sacerdotal, que huyamos de todo punto de ese palenque, en que, divididos los hombres en bandos y partidos, luchan por intereses puramente terrenos y mundanales, sin dar á ninguno ocasion de queja, para que no sea vituperado nuestro ministerio; ántes bien haciéndonos todo para todos, á fin de ganarlos á todos. No ambicionemos el primer puesto en la gerarquía social, como quien va delante y manda; si nos empeñásemos en eso, la sociedad no nos seguiria. No nos

coloquemos tampoco en el último, quedándonos detrás, como en son de queja y descontento; el mundo sigue su camino, y no nos esperará. Pongámonos, sí, en el centro, en el medio, al lado de los que van delante y mandan, para decirles: Gobernad en justicia por Dios; y de los que van detrás y nos siguen, para advertirles: Obedeced á los que mandan por amor de Dios.

La sencillez evangélica nos obliga á ser graves y circunspectos en nuestras palabras, acciones y maneras. Esta misma sencillez nos fuerza á que en la defensa del dogma, la moral y disciplina, lo hagamos con templanza, con pureza de intencion y con todas aquellas cualidades que tan propias son y tan bien sientan al que lleva razon en lo que dice.

Hay hoy, Señora, profetas que no predican más que lamentos, que no anuncian más que catástrofes y ruinas. Para ellos, individuos, familias, sociedades, Naciones, Gobiernos, civilizacion, todo está corrompido y todo debe perecer. Y esto lo dicen y lo escriben con una exaltacion de espíritu, con una dureza de corazon que aterroriza. Jesucristo, Señora, tambien profetizó

la ruina de Jerusalem, pero tambien oró á su eterno Padre y se afligió su corazon hasta sudar gotas de sangre. Predicó, sufrió, trabajó, y no se retiró de la sociedad en que vivia hasta dar su sangre por ella y por la redencion del mundo. Cuando cayó el Imperio romano, y los bárbaros se establecieron en Europa, el cristianismo salvó la sociedad. Si esta pereciese hoy, como se anuncia, la culpa seria principalmente nuestra.

Señora: estamos en vísperas de una gran revolucion religiosa. En ella, vivid segura, no perecerá el catolicismo, porque no depende de la voluntad del hombre, ni de sus esfuerzos, sino de la voluntad de Dios. De ella no saldrá ningun nuevo dogma católico; pero, Señora, tenedlo presente: de ella saldrá una nueva aplicacion de las doctrinas católicas. ¿Qué hacer, hermanos mios, en circunstancias tan críticas como se preparan? Inspirarnos del espíritu de caridad y de amor de que fueron embriagados los Apóstoles cuando el Espíritu Santo descendió sobre ellos para renovar la faz de la tierra. «Velad vosotros tambien, porque no sabeis el dia ni la hora.»

Señora: sobre el pueblo, sobre las clases acomodadas, y sobre el sacerdocio en lo temporal, está la suprema magestad de los Reyes.

Permitidme que diga á V. M., que los Reyes tienen tambien deberes que cumplir para con sus pueblos.

Dice Santo Tomás en su libro de *Regimine principum,* que así como aquel hombre es más valiente que puede vencer mayor número de enemigos, y más fuerte el que levanta mayor peso; así necesita más virtud aquel que debe regir una familia, que el que solo tiene que regirse á sí mismo; y mucho más todavia el que debe gobernar una ciudad ó una Nacion. Pero añade, Señora, que si los Reyes necesitan más virtud para gobernar en la tierra, tambien les será concedida mayor recompensa en el cielo. El ejemplo de los Reyes es de tal influencia sobre los pueblos, que viven en la inevitable alternativa de no poder perderse solos ni salvarse solos. Si se pierden, pierden á su pueblo; si se salvan, salvan tambien á su pueblo. Meditad sobre eso, Señora; y «velad, porque no sabeis el dia ni la hora.»

Difícil de suyo es el arte de reinar; más difícil en los tiempos calamitosos que atravesamos; y dificilísimo si se reina, como V. M., sobre un pueblo valiente, es verdad, pundonoroso, amante de la monarquía y leal á sus Reyes; pero que, en medio de no acertar á gobernarse, ha decaido de aquella honradez proverbial española y aquella hidalguia castellana que durante siglos fué el timbre que ennobleció más á los españoles á los ojos de los demás países de Europa. Ha desvirtuado en todos sentidos y de todos modos la religion de sus padres, y ha caido en un indiferentismo político y religioso parecido al de aquel Obispo de Laodicea de quien habla el Apocalipsis de San Juan y á quien dijo el Señor: «Por cuanto eres tíbio y ni eres frio ni valiente, te comenzaré á arrojar de mi boca.»

Mas cobre ánimo V. M. Este estado es pasajero; la Nacion española es jóven todavia en la vida de las Naciones modernas, tiene fé en la energia de su raza y en los destinos de su pátria, quiere creer, quiere levantarse, y sólo espera como los que estaban sentados alrededor de la piscina de Betania el movimiento de las

aguas. La España confia, Señora, en que sereis vos el ángel que la remueva; y lo espera con tanta mayor confianza, cuanto que de público se dice, se cree y se ve, que ni el ánimo liberal, ni la generosidad y nobleza de sentimientos, ni la fortaleza de espíritu os faltan. A la primera Isabel de Castilla cupo la gloria de fundar la unidad material de la monarquia española, constituyéndola; quépaos á vos, Señora, la de fundar su unidad moral y política, regenerándola. Cumpliendo, Señora, con los deberes sociales que os ligan con vuestro pueblo; practicando V. M. la religion católica en que ha nacido, sin escrúpulo, sin miedo y sin encogimiento, con la grandeza y elevacion que conviene á los Reyes; no parándose tanto en la exterioridad de la ley y en la letra que mata, como en el espíritu que vivifica, que enciende el corazon de los Reyes y les da fuerzas para que desaten ó rompan las ligaduras que les impiden gobernar con sabiduria á sus pueblos; abarcando con una mirada serena todos los acontecimientos que se realizan al presente en el mundo, para adquirir clara inteligencia de su espíritu y tendencias;

dominando y campeando así libre el ánimo de V. M. sobre todas las cosas y sobre todos, no tema las dificultades y peligros de reinar. Allí donde vaya V. M. en este sentido, allí la seguirá el pueblo español.

Una palabra más, Señora, y concluyo. Los frutos de la civilizacion moderna nacen y se crian entre espinas como los frutos de todas las civilizaciones pasadas y del porvenir. Pero así como la delicada mano de V. M. es capáz de tomar una rosa sin que lastimen sus dedos las espinas; así creo que el pueblo español puede recojer bajo el reinado de V. M. los frutos de la civilizacion moderna, sin incurrir en el peligro que la amenaza, que es el vivir sólo para producir y consumir, como si de solo pan viviese el hombre. «La unidad del hombre, »dice Santo Tomás, la forma la naturaleza; »pero la unidad de la sociedad á que se da »el nombre de paz, tiene que ser el resulta»do de la prevision y prudencia de los Mo»narcas.»

Esa prevision y esa prudencia os deseamos sinceramente, con toda la efusion de nuestro corazon, los españoles. Cuando deis gracias á Dios en el *Te-Deum* que va á

cantarse por haber librado á la España de los estragos del terremoto de 1755, pedidle eficazmente esa prevision y prudencia, para que unidos todos por el amor en las contradicciones de la tierra, gocemos juntos de la bienaventuranza en el cielo.

ORACION FÚNEBRE

que en la funcion cívico-religiosa para celebrar la inauguracion del monumento erigido en Mallona á la memoria de las víctimas de los gloriosos sitios de Bilbao, el dia 24 de Mayo de 1870,

PRONUNCIÓ EL

ILMO. SR. D. FERNANDO DE CASTRO,

Rector de la Universidad de Madrid.

> Y levantó Simon sobre el sepulcro de su padre y de sus hermanos un monumento que se viese desde lejos. . . . . y colocó sobre las columnas trofeos para perpétua memoria.— Machab. 1.º, cap. XIII, v. 27-29.

EXCMO. SR. Y CRISTIANO AUDITORIO:

Aceptada vuestra honrosa invitacion para pronunciar la oracion fúnebre en este solemne acto cívico-religioso, con motivo de inaugurarse el monumento levantado á

la memoria de las víctimas en los gloriosos sitios de Bilbao, vengo, no con sublimidad de concepto, ni con palabras persuasivas y de humana sabiduría, sinó en demostracion de espíritu y verdad, y con pensamientos de caridad, de union y de concordia, *á narraros breve y sencillamente lo sucedido en aquellos memorables sitios, y á decir la altísima y provechosa significacion que encierra este insigne monumento.* Y no fiando en mis propias fuerzas, sinó en el auxilio de Dios, ¡que mi oracion se eleve hasta Él en el cielo, para que su gracia descienda sobre mí en la tierra!

Dispensadme, vascongados, si os traigo á la memoria tristes y dolorosos recuerdos de una lucha fratricida, cuyo primer grito de guerra se dió aquí mismo el 3 de Octubre de 1833. Harto sabeis que, aunque sofocado no mucho despues, el eco se repitió por todas esas montañas; y de tal manera cundió el fuego de la insurreccion, que fuera de las principales poblaciones, todo, desde las fronteras de Vizcaya hasta las de Navarra, se sublevó contra el Gobierno de Castilla. Sola y aislada quedó Bilbao en medio de un campo enemigo,

amenazada de contínuo por no ser plaza amurallada y dominarla altas montañas.— Acertada ó desacertadamente se acordó por el enemigo sitiarla, y el 13 de Junio de 1835 se rompió vivísimo el fuego.

De todas las calamidades con que el azote de la guerra aflije á la humanidad, ninguna quizá más aterradora y espantosa que la del asedio de una plaza. El hambre, la epidemia, el desórden y la muerte, todo debe temerse y esperarse. Y sin embargo, era tal vuestra decision en favor de la libertad y de la legitimidad de una niña, que ni retrocedísteis ante el peligro, ni vacilásteis ante la ruina de vuestra Villa, ya entónces activa y opulenta. En momentos tan críticos como supremos, las almas varoniles no desmienten nunca ni los antecedentes de su vida, ni las tradiciones de su raza. No era posible que en tan solemne ocasion las desmintiese Bilbao, en cuya esclarecida y limpia historia se contaban ya ganados desde antiguo los títulos de *Muy Leal* y *Muy Noble*.

«El ejército no tiene ejemplos que ofreceros, porque vosotros se los habeis dado en el combate,» decia el general de la

plaza á los urbanos. Era de ver en todas las clases de la sociedad, no ya el entusiasmo, sinó la serenidad y el ánimo alegre y jovial tan característico de los bilbainos. Ricos y pobres, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, todos tomaron parte en la defensa: unos peleando y otros ayudando á reconstruir las baterías por el enemigo destruidas. De la batería Larrinaga partió la bala homicida que llevó en pocos dias al sepulcro al inteligente organizador del ejército contrario, al bizarro y generoso Zumalacárregui. ¡Que Dios, en su infinita misericordia, lo haya recogido y lo guarde en el seno de los justos! Tan inesperado contratiempo obligó al Pretendiente á ponerse al frente del asedio y ofrecer capitulaciones.

«Ántes perecer en las ruinas de la Villa que capitular,» contestaron vuestro Ayuntamiento y Junta de armamento y defensa. Ni sobrevino lo primero, ni fué necesario lo segundo: á la alborada del dia 1.° de Julio, los sitiadores, al toque de diana, dieron la señal de retirada, á la que contestaron alborozadamente con himnos patrióticos desde el cerco los sitiados.

¡Paz y descanso eterno á los que murieron; bienandanza y gloria á los que se salvaron! Si algun valiente de los que formaban las dos compañias de ancianos sobrevive, yo le saludo, igualmente que á los veteranos de la Milicia ciudadana, en nombre de Dios y de la pátria.

El enemigo se retiró sin abandonar, empero, la idea de apoderarse de Bilbao. Conservaba aún la superioridad que le ganára su más capáz y afamado general en jefe; y resuelto á todo, no sólo habia tomado la ofensiva, sino organizado tambien dos grandes divisiones, las cuales despues de recorrer las Castillas, llegaron hasta Andalucía. La lucha se hallaba equilibrada en Cataluña, en el Bajo Aragon y en Valencia. Si por ambas partes se habian obtenido triunfos ventajosos en esta provincia, ninguno habia sido tan señalado que pudiera considerarse como decisivo.

Corria el mes de Octubre de 1836. En el cuartel general de Durango, tras larga y empeñada deliberacion, se acordó en Consejo de generales sitiar nuevamente á Bilbao, como principio de un plan de ope-

raciones sucesivas, como paso preliminar é indispensable para continuar la guerra, y como garantía segura para contraer empréstitos y llevar á feliz remate la causa del absolutismo. El 25 de Octubre, preparado ya todo para el sitio, se rompió el fuego contra la plaza, siendo contestado vigorosamente desde San Agustin hasta Begoña; al siguiente 26, dieron un asalto que fué, con muchas pérdidas del enemigo, rechazado; siguieron despues unos cuantos dias de suspension de hostilidades, y por fin, el 9 de Noviembre á las siete de la mañana, renovóse la lucha con mayor ardimiento que nunca por ambas partes. ¡Qué sublime espectáculo ofreció entónces al mundo la villa de Bilbao! ¡Qué civismo en todos, qué generoso desprecio de la *muerte* en los que defendian la terrible batería de ese mismo nombre; qué entusiasmo en los que guardaban el convento de San Agustin; qué denuedo en aquellos que descubrieron la contramina, y qué heroismo en los que sostenian la batería que estaba en este mismo sitio de Mallona! Fué necesario acometer una empresa arriesgadísima, el incendio de San Agustin. ¿Cuántos se ofre-

cieron? Todos. Vosotros, heróicos defensores de Bilbao, imitando á los de la inmortal Zaragoza, repetíais: «A morir y sálvese Bilbao.»

A pesar de tan supremos esfuerzos, el sitio se prolongaba en términos que los víveres y municiones escaseaban; el ejército libertador no acudia, y las noticias que llegaban eran que habia sido derrotado en Castrejana y vístose obligado, por dos veces, á replegarse sobre Portugalete. Asomaban ya esos momentos, los más tristes y congojosos de todo sitio, en que los más valerosos vacilan ante la incertidumbre, los más perseverantes aflojan en sus esperanzas, y el pánico se apodera de los más pusilánimes y caidos. Pero ¿y la honra de Bilbao?; ¿y las consecuencias si sucumbimos?, decian los de la plaza; ¿y la palabra empeñada; y las esperanzas de toda España?, repetia á su vez el general en jefe. Y unos y otros concluian que, pues la libertad de esta Villa implicaba el porvenir de España, y pues que Europa entera tenia fija su mirada en las márgenes del Nervion, no quedaba otra alternativa que «Bilbao ó la muerte.»

Llegó la tarde del 24 de Diciembre, dia eternamente memorable para vosotros; y cuando ya Bilbao, con todo su heroismo, no podia resistirse por más tiempo, la Providencia que vela siempre por los destinos de los pueblos libres, quiso que las últimas horas de esa tarde se coronáran con uno de esos triunfos que cambian la suerte de la guerra y forman época en la historia militar de las Naciones. Tal fué la famosa toma del puente de Luchana, á cuyo feliz éxito tan *poderosamente* contribuyó, en auxilio con la española, la escuadra auxiliar británica: digna, por esto solo, de la eterna gratitud del pueblo de Bilbao.

Pero este hecho de armas no era el fin, sino el prólogo de la jornada. Vino la noche, y era Noche-buena, en todas partes tan alegre y bulliciosa, que la cristiandad entera celebra en memoria del nacimiento de *Aquel* que trajo paz y salud á los hombres; mas descendió desde esas montañas tan triste y sombría, con una cerrazon tan preñada de tempestad, con un aspecto tan lúgubre y siniestro, que no parecia sinó que el génio de la discordia habia tendido sobre estos campos el paño funerario de la muerte.

Entrada ya la noche, la accion se hizo general en toda la línea, concentrándose con gran encarnizamiento en los montes de Cabrillas y San Pablo y últimamente en el alto de Banderas. El combatir era tan rudo, empeñado y sangriento; acometian los unos con tal empuje; resistian los otros con tal denuedo, que, por largo rato, y como acontece cuando chocan dos fuerzas igualmente poderosas y contrarias, ni avanzaban los de abajo ni retrocedian los de arriba. Comprendieron los enemigos el peligro y lanzaron nuevas fuerzas de refresco sobre los puntos atacados, y entónces recrecida la lucha, avanzando ahora, retrocediendo despues, tomando posiciones, perdiéndolas alternativamente, se presentaba tan imposible el triunfo que se temió perder lo ganado en el puente de Luchana. Quedaba una sola esperanza, la de que se pusiera á la cabeza de su ejército el general en jefe; mas éste, enfermo gravemente, yacía postrado en un mal jergon á consecuencia de padecimientos dolorosos. Volaron á poner en su conocimiento la crítica situacion del ejército libertador; y aquel héroe, recogiendo á la vista del peligro

todas las fuerzas de su espíritu superior y generoso, y sobreponiéndose con ellas á los dolores de su cuerpo, salta de la cama, monta á caballo y corre al campo de batalla.

Eran las doce de la noche, la hora en punto en que en los templos del orbe católico se entonaba el «Gloria á Dios en las alturas, en la tierra paz; á los hombres, buena voluntad.» Y como si la naturaleza entera, respetando tan augustos misterios quisiera castigar á los que los profanaban, acuchillándose bárbara y despiadadamente, privóles primero de la luz para pelear y desencadenó en seguida, contra ellos, la furia de los elementos con tal violencia, que los bramidos de la mar, el huracan, la nieve arremolinada, los turbiones de agua y granizo y el estampido del cañon impedian percibir siquiera los alaridos de los infelices que morian. ¿Qué de extraño? Los que peleaban, más que hombres eran leones, porque desgraciadamente eran españoles. A la voz entusiasta y vibrante del soldado más aguerrido y animoso de nuestros tiempos se habia recrudecido la pelea; pero tan sañuda, tan mortífera, y al mismo tiempo

tan sepulcral y tan callada..... que los sitiados, al defenderse, escuchaban..... y nada oian. ¿Ois, vosotros, por ventura, algun eco perdido de las voces y lamentos en esa pavorosa noche?—Porque en los campos de batalla, la imaginacion impresionada cree entreoir ecos que se parecen al ahoguío del moribundo.

Pero no, no más; apartemos la vista de esa noche tenebrosa y de ese campo regado de sangre y sembrado de cadáveres, para decir que ha cesado el combate, que al romper el dia 25 de Diciembre de 1836 ondeaban sobre el alto de Banderas los pendones de la libertad, y que á las nueve de la mañana un repique general de campanas alborotaba á los habitantes de la invicta Bilbao, anunciándoles la entrada de su esclarecido libertador, recibido entre aplausos, vivas y frenéticas aclamaciones.

Dirijamos al cielo nuestras plegarias por los que han muerto en esa sombría y tristísima noche, ántes de decir serena y cristianamente, despues de 30 años, la significacion de ese panteon que de hoy más, guardará las cenizas de los que, con admiracion de nacionales y extranjeros, murie-

ron en defensa de las instituciones pátrias.

En efecto: admiró á Europa tan sorprendente acontecimiento; España lo celebró con públicos regocijos; en las Córtes de la Nacion se pronunciaron entusiastas discursos; el Gobierno concedió el título de *Invicta* á Bilbao, el de *Excelencia* á su Ayuntamiento y los de Conde de Luchana y Vizconde de Banderas á su libertador; se concedieron cruces de distincion y mérito; se dieron las gracias á la Milicia, al ejército, al pueblo, á la Marina nacional española y á la auxiliar inglesa; se otorgaron pensiones á las viudas y huérfanos de los muertos en los sitios; se dispuso por las Córtes que se erigiese un monumento conmemorativo de tan gloriosos hechos, y se mandó, por último, que se celebrasen solemnes exequias en las catedrales y demás iglesias, por los que murieron en el sitio y en las operaciones para levantarlo.

Todo eso representa y significa ese monumento. ¿Sabeis por qué? Porque la toma de Bilbao hubiera sido el triunfo de la causa del Pretendiente.

Todavia significa algo más el panteon que hoy se inaugura. Dos supremos inte-

reses simbolizados en el grito de guerra de vuestros padres, estaban comprometidos en los sitios de Bilbao: ISABEL y LIBERTAD: el uno dinástico; el otro político. El primero no existe: ha sucumbido, como todo lo que es personal y transitorio. Tal vez os cause pena oirlo en estos momentos, por que al fin, como leales y como buenos lo defendisteis; pero ante el fallo soberano de la Nacion y ante los inescrutables designios de la Providencia, el hombre inclina respetuosamente su cabeza, y sigue el camino de la vida.

El segundo subsiste y subsistirá siempre como real y permanente y encarnado en la naturaleza del hombre y de la sociedad humana. El principio dinástico está allí representado sólo como un recuerdo: el político lo está en realidad como personificacion viva y emblema de las libertades de los tiempos modernos. Y entended que, si la libertad política no se ha arraigado hasta ahora entre nosotros, ha consistido en que hasta ahora no se habia comprendido, que sólo crece y se desarrolla en el suelo de la libertad intelectual y social, las cuales producen de suyo el respeto á la ley, el

sentimiento del deber, el amor y hábito del trabajo.

¿Os negareis á que represente tambien el valor y el denuedo de los vencidos? Porque tambien ellos hicieron heroicidades. ¿Os negareis siquiera, á que simbolice el acto heróico de aquel cazador 1.° de Vizcaya, que al caer una granada cortó la espoleta salvando de esta suerte gran número de infelices para la humanidad y para la pátria? ¿Os negareis á que las dos coronas que tiene en sus manos esa matrona que representa vuestra villa, coronen á vencedores y vencidos? Porque ellos eran tambien españoles, y en su mayor parte de procedencia y familia *eúskara* como vosotros. Aunque no querais, estarán ahí representados, porque vuestro valor se desplegó al choque y en lucha con el de ellos, y porque vuesta gloria no seria tan grande sinó hubiera tenido que triunfar del heroismo de los vencidos.

Perdonadme, bilbainos, si he podido dudar un sólo momento de vuestra caballerosidad proverbial, de vuestros arranques generosos y de vuestro espíritu altivo y fiero, mas tolerante é inclinado al olvido y

á la clemencia. Creo interpretar fielmente vuestros sentimientos, si declaro que, en las preces dirigidas hoy al cielo por el eterno descanso de las víctimas que conmemoramos, confundís en una oracion comun á vencedores y vencidos.

Si la religion que profesamos, si el interés de la pátria á que todos pertenecemos, si los sentimientos de humanidad y tolerancia que imperan en el mundo, asegurados por Dios en el cielo, y contra los cuales no prevalecerá jamás la soberbia de los hombres en la tierra; si todo esto me autorizára para dirigirme á los vencidos, yo les diria: que cuando una conviccion es sincera, merece, por esto sólo, la más alta estima y el más profundo respeto; si despues del tiempo trascurrido creeis todavía en la bondad de vuestra causa, no hagais traicion á vuestra conciencia; mas al querer que triunfe en nuestras instituciones políticas, rechazad los medios de fuerza, y emplead solamente los de la razon, la opinion y la ley. Mirad que hoy no existe en la tierra, ni entre los hombres, poder alguno sinó en forma de derecho; que la cuestion de poder puro, *absoluto*, cual vos-

otros le concebís, es ideal y quimérica, y que la de derecho es siempre práctica, y admite varios medios y términos de resolucion. Pensad lo grande y duradero que han hecho unos pocos miles de hombres reunidos á ley de libertad y de derecho en algunos litorales de la tierra, y comparadlo con lo poco y de escasa y efímera grandeza que han producido muchos miles organizados bajo la ley contraria en los grandes continentes, y acordaos siempre de que vosotros formais parte del litoral libre, aunque reducido, de la brava costa cantábrica. Considerad, por último, que si vosotros maldecís, quizá, esa corriente del movimiento progresivo y civilizador que lleva el mundo, y la comparais á un torrente devastador; y si vuestros contrarios la saludan alborozados y la semejan al manso arroyuelo que fertiliza los campos, unos y otros convenis en que la corriente existe; lo patriótico, pues, lo razonable y posible es, unirse todos, no con la mira de parar la corriente, sinó de encauzarla para que no se desborde.

A todos van á dirigirse ahora mis palabras. Desde muy antiguo los pueblos de

la tierra han grabado en el bronce y en la piedra los esclarecidos y altos hechos de los que ilustraron con su vida ó consagraron con su muerte las libertades públicas, los principios tutelares de la sociedad y la civilizacion de las Naciones. Las coronas votivas que hoy la piedad y el civismo dedican á los que murieron en los gloriosos sitios de Bilbao, muestran que todavia hay corazones que laten al impulso de aquellos sentimientos que llevaron á vuestros padres á una muerte prematura, pero gloriosa. Los Ayuntamientos que comenzaron á trabajar en la ereccion de ese monumento, merecen honra y prez de parte de sus conciudadanos; merécela, sobre todo, el Ayuntamiento popular de 1870 que la ha llevado gloriosamente á cabo. Los monumentos, sin embargo, y las coronas, no obstante su altísima significacion, son mudos; su lenguaje es el silencio y la inmovilidad, y no viven ni se encarnan en la vida, costumbres y tradiciones de los pueblos.

Crear una institucion de caridad, compuesta de vencedores y vencidos, como pacto eterno de union y de olvido de vues-

tras discordias civiles en lo pasado, con destino á socorrer á las viudas y huérfanos de los que murieron en ambos campos, pudiendo recibir con el tiempo análogas aplicaciones, seria completar vuestra obra de la manera más nueva, más humana y conforme al espíritu del cristianismo y de la civilizacion de nuestro siglo, y más propia tambien, á la vez, de la noble profesion del comercio de la invicta villa de Bilbao, la que tan de buena manera sabe armonizar el sentido estético de lo bello con el de lo util, práctico y de aplicacion en la vida, huyendo, en todo, así de exajeraciones utópicas, como de reacciones anárquicas y violentas. Si realizáseis tan generoso como cristiano pensamiento, las almas de los que han muerto os bendecirían desde el cielo, y los que viven derramarían lágrimas de consuelo sobre la tierra.

De todos modos, y si por circunstancias agenas á vuestra buena voluntad y á vuestro deseo de conciliacion, no fuese realizable semejante pensamiento, no os olvideis jamás del ejemplo que en este mismo sitio os dieron vuestros padres, y recordad, tambien, que si todos debemos

seguir con perseverancia, defender con virilidad y propagar con un carácter moral, digno, enérgico y levantado las ideas que ennoblecen al alma y fecundan la vida, este deber es más imperioso en los que como vosotros, bilbainos, no podeis considerar el régimen actual de nuestra vida política, sin verlo santificado por el martirio de vuestros padres, y si necesario fuere, con vuestra propia sangre tambien.

No nos retiremos de este sagrado recinto sin pedir á Dios, por última vez, vida bienaventurada para los que murieron mereciendo bien de la pátria y de sus conciudadanos; sin rogar al Todopoderoso que prolongue la vida del ilustre libertador de Bilbao, el cual se ufana todavia con los títulos de Conde de Luchana y Vizconde de Banderas; sin desear una vejez libre de males y pobreza á los ilustres patricios de una generacion que pasó, no para hundirse en el polvo de los siglos, sinó para quedar ahí de una manera indeleble y permanente.

Acaban para la posteridad los que no han realizado en su vida accion alguna

digna de memoria; alcánzanla perpétua los benémeritos de la humanidad y de la pátria. Que estas últimas palabras, forma sintética de mi pobre y humilde discurso, se graben en vuestro corazon, y sean vuestro constante propósito de vida: *Gloria á Dios, paz á los muertos, union y caridad entre los vivos.*

Este folleto se halla de venta en todas las librerías, á 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

Los pedidos se dirigirán á *Victoriano Suarez, calle de Jacometrezo, 72, librería, Madrid.*